

# LA FULGENCIA.

## COMEDIA

## EN TRES ACTOS

POR

*DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.*

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

*Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.*

# ACTORES.

Don Gerónimo de Barrio. *Señor Francisco Baca.*

Don Matías de Barrio. *Señor Antonio Pinto.*

Don Luis, sobrino de ellos. *Señor Manuel Garcia Parra.*

Don Pedro Avendaño. *Sr. Antonio Ponce.*

Don Francisco Bargas. *Señor Josef Oros.*

Doña Fulgencia de Barrio y Doña Rosa de Barrio, hermanas. *Señora Rita Luna, y Señora Josefa Virg.*

Un Juez. *Señor Joaquin Cabrera.*

Un Mayordomo. *Señor Alexandro Aguilar.*

UN CRIADO. *SEÑOR JOSEF GARCIA UGALDE.*

UNA CRIADA, que no habla.

RONDA DE ALGUACILES.

# ACTO PRIMERO.

*Vista corta de alameda, que represente la del prado: salen Don Pedro y Don Francisco con capas, y representan paséandose con inquietud.*

*Franc.* Ya degenera en insulto
silencio tan obstinado:
ó me dices lo que tienes,
ó echo por el otro barrio.

*Pedro.* Esto es desesperacion:
de mi paciencia me espanto:
no sé cómo no me ahorco.

*Franc.* Arboles hay en el prado;
y lo que es cordel, no es cosa
dificil proporcionarlo:
pero en suma, ¿qué tenemos?

*Pedro.* No tener.

*Franc.* ¿Ese es el caso?

*Pedro.* ¡Quando mas lo necesito
sucederme este trabajo!

*Franc.* ¿Con que jugaste?

*Pedro.* Jugué.

*Franc.* ¿A la banca?

*Pedro.* ¿Pues no es claro?

¡Si ese maldecido juego
me tiene precipitado!

*Franc.* ¿Y dónde fué?

*Pedro.* En los infiernos.

*Franc.* Caliente estaría el quarto;
pero si los dos á noche
á las diez nos separamos,
¿á dónde fuiste á tal hora?

*Pedro.* Al doblar el esquinazo
de la calle de la Greda
para la del Turco, el diablo,
porque no puede ser otro,
me presentó á Don Bernardo
Contreras, le saludé,
y me dixo: ¿tan temprano
os retirais? Respondile:
¿qué he de hacer? Seguid mis pasos,
replicó, porque tenemos
en esa calle del prado
una famosa partida
con que entretener un rato
la pesadez de la noche:
resistime, fué importuno;
él expresivo, y yo blando
de corazon, le seguí
hasta el funesto teatro.

*Franc.* ¿Y era célebre el concurso?
*Pedro.* No estaban los maestrazos
de profesion; pero habia
valientísimos lagartos.
*Franc.* ¿Quién tallaba?
*Pedro.* Lucifer;
porque semejantes manos
solo suyas ser pudieran:
no he visto mayor gazapo
en los dias de mi vida.
¡Qué fino! ¡qué cortesano!
Y tuerto del ojo izquierdo.
*Franc.* Pues hombre desalumbrado,
¿cómo querias ganar?
¿Ignoras del castellano
proverbio la certidumbre?
*Pedro.* Quál es, que yo no lo alcanzo.
*Franc.* Nunca tengas fé en los coxos,
ni esperanza en corcobados;
y si un tuerto halláres bueno,
atribúyelo á milagro.
Mas vamos á la sesion,
que este es término asentado
de todos los profesores
en el docto diccionario.
¿Qué hubo?

*Pedro.* Quándo llegué
ya el juego habia empezado:
resistime por tres tallas;
pero ví tan declarado
un siete, que sin poder
contenerme á la otra mano
salí con onza por punto
sobre el naype: barajáron,
y se principió la talla
con tan seductor halago,
que el siete vinó á la izquierda
al primer golpe tirado:
iba de pároli, como
lo acostumbro en tales casos,
y vino el segundo siete
á perder; con que voláron
mis siete onzas sin remedio:
seguí el tercero y el quarto,
y á la derecha viniéron:
salí luego con un quatro,
y vino á plie; de manera,
que en la talla me sopláron
mis veinte y quatro medallas,
dexándome atolondrado.
Nueva talla, nuevas cartas,
coxo mi naype, barajo;

y me salen á la suerte
una sota y un caballo:
tengo azar con las figuras:
vuelvo á barajar, y saco
un as y un cinco, por señas
que los dos eran de bastos:
puse diez onzas sobre ellos,
y al primer golpe que echáron,
el cinco salió á perder,
y á ganar salió el caballo:
en fin, para no cansarte,
en la talla se ganáron
tres caballos y dos sotas,
y se perdiéron los quatro
cincos, y un as de seguido:
la banca quatriplicáron,
y dexarla no quisiéron
hasta dexarme pelado.
Amaneció quando ya
se hiciéron noche mis quartos:
perdí doscientas medallas,
y al salir echando tacos,
tropecé en un escalon,
y baxé todos rodando;
y ha tres horas que aquí estoy
sin saber lo que me hago,

maldiciendo mi ventura,
al tuerto y á Don Bernardo.

*Franc.* Pero hombre, dí, tú que has sido
el temeron de los guapos;
el profesor mas sublíme,
mas profundo, y el mas sábio
del código de los naypes,
á cuya flexîble mano
no hay en las quarenta y ocho
una que no salga al lado
que tú quieras, tanto que
por tu finísimo tacto
Don Pedro el desfilador
ha habido quien te ha llamado.
¿Te vas ahora á apuntar?
¿Qué mas hiciera un muchacho,
que de los verdes tapetes
los círculos no ha cursado?
Ahora sí que encaxaba
exclamar en tono alto,
¡que á quien es perro tan viejo
le hayan dado tal gatazo!

*Pedro.* No me apures la paciencia,
quando yo estoy renegando
de toda mi casta entera,
que qualquiera por mas cauto

que sea, suele meterse
alguna vez.

*Franc.* Tan de plano
no lo creo; pero en fin,
lo que mas he admirado
es que por doscientas onzas
llegue á resentirse tanto,
que así se pierda el respeto
un Don Pedro de Avendaño,
rico mayorazgo en Chile,
mancebo ilustre y gallardo,
y en vísperas de ser yerno
de Don Matías del Barrio,
cuyas hijas, la que ménos
tiene treinta mil ducados.

*Pedro.* Tú tienes mas proporcion,
porque yo he hecho reparo,
de que el tio de las niñas
te mira con mucho agrado.

*Franc.* A tí su padre que es mas;
aunque bien considerando
las cosas, no es maravilla;
porque les seguimos ambos
las manías que á los dos
tienen tan preocupados:
uno caza y otro pinta;

pero con extremo tanto
de aficion, que es menester
verlo para acreditarlo.
No hay mayores ignorantes
en todo el género humano.

*Pedro.* Fortuna fué no pequeña
el habernos presentado
en la casa, donde tanta
familiaridad logramos,
Don Luis sobrino suyo,
á quien despues de los palos
del alguacil conocimos
en Alcalá retirados,
quando de la gran Sevilla
á la corte nos mudamos.

*Franc.* Ese es al que yo mas temo.

*Pedro.* ¿Por qué?

*Franc.* Por su genio raro;
pues es tan pundonoroso,
que de todo hace un agravio.

*Pedro.* Pues mas temo yo á la viuda,
porque no he visto mas claro
entendimiento en mi vida,
y yo pretendo su mano
por mas rica, aunque á su hermana
Doña Rosa tambien hago

la corte... pero doscientas
onzas...

*Franc.* Ea, no volvamos
al tema: ya no hay remedio.

*Pedro.* Pues por eso mismo rabio.

*Franc.* Vamos á ver á las niñas.

*Pedro.* Todavía es muy temprano;
lleguémonos á mi casa
para hacer tiempo.

*Franc.* Pues vamos.

*Pedro.* Vamos, señor Don Francisco.

*Franc.* Vamos, señor Avendaño;
y quiera el cielo que no
tire de la manta el diablo.

*Pedro.* Buena comision tenemos,
enamorar sin un quarto:
por las doscientas perdidas
merezco doscientos palos. *Vanse.*

*Vista de un salon largo de pinturas, en el qual se descubre á un lado Don Gerónimo en un caballete con todos los aderezos necesarios, y al otro Don Matías en acto de lavar una escopeta.*

*Gerón.* Quadro mas original,
mas perfecto y acabado
no le verán, ni le viéron

Zimbros, Godos, ni Lombardos.

*Mat.* Con escopeta mejor,
y mas cierta, no apuntáron
en las guerras que nos cuentan
los Griegos ni los Romanos;
pero el lavador maldito
de tal modo se ha apretado,
que es imposible sacarle
por mas esfuerzos que hago.
¿Gerónimo?

*Gerón.* ¿Qué hay? ¿qué dices?

*Mat.* Tira fuerte de ese mango
del lavador, porque yo
solo no puedo sacarlo.

*Gerón.* Hombre, ¿estás en tu juicio?
¿Quieres que el pulso alterado
con el esfuerzo, malogre
tantos meses de trabajo?
¿A mí me vienes con esas?
¿No tienes treinta criados
que te sirvan?

*Mat.* No te rompo
con la escopeta los cascos,
porque en tan dura cabeza
podia hacerse pedazos.
¿Quándo esa loca manía

de pintar dexarás?

*Gerón.* Quando
tú dexes la de cazar.

*Mat.* Por lo ménos yo no gasto
el tiempo en valde, ni corro
tras de una cosa que tantos
grandes principios requiere
como la pintura: salgo
á cazar por habitud,
y el exercicio que hago
me facilita el acierto:
tú en valde te estás matando,
pues careciendo de todo
el estudio necesario,
léjos de pintar, no puedes
ni aun conocer lo pintado.

*Gerón.* ¿Cómo que no? ¿No fuí yo
el que en el último año
pintó las vicornes bestias,
y lidiadores bizarros,
anunciando los novillos
por todos los esquinazos?
¿No asombré á todo Madrid?
¿No vistes amontonados
los hombres en las esquinas
mis primores alabando?

Y en fin, mira en este lienzo
como Enéas en Cartago
le cuenta á la hermosa Dido
de Troya el terrible caso;
ya pasé del *inde toro*,
y ahora estoy en el *infandum*:
repára bien el Enéas,
¿no parece que está hablando?
¿No está muy propio? ¿qué dices?
*Mat*. Que mejor Poncio Pilatos
para un quadro de pasion,
nadie le hubiera pintado.
*Gerón*. Eres un loco.
*Mat*. Tú un necio.
*Gerón*. Un cazador rusticazo,
¿qué ha de entender de pinturas?
*Mat*. Lo mismo que un mentecato
como tú.
*Gerón*. Déxame en paz.
No quieras que un pincelazo
te dirija hácia los ojos.
*Mat*. ¿Tú á mí?
*Gerón*. Yo á tí.

*Sale Doña Fulgencia.*

*Fulg*. Cielo santo,
¿qué descompostura es ésta?

¿Siempre han de estar disputando
personas tan allegadas,
como lo son dos hermanos?

*Gerón.* ¿Me meto yo en sus asuntos?

*Mat.* No faltaba mas.

*Gerón.* ¿Acaso
me opongo á sus cacerías?
Pues déxeme con mil santos,
sobre si pinto ó no pinto,
en paz perpétua y descanso.

*Fulg.* Padre, tio, no haya mas.

*Mat.* Por mí todo está acabado:
así serenára el tiempo
que me está desesperando,
y creo que ha de impedirme
el poder salir al campo;
mas por *si forte*, me voy
á preparar bien mis trastos.

*Gerón.* Vea vm. lo que yo digo:
con su caza amancebado,
y reprehende á los demas
sin notar el desacato
que comete, la pintura
con vilipendio tratando.
¿No es así, sobrina?

*Fulg.* Es cierto.

*Gerón.* Tú que tienes talentazo,
que cultivó tu marido,
aquel insigne letrado
que en paz descansa, ó no en paz,
que eso no está averiguado:
dime sin adulacion,
¿qué te parece ese quadro?
¿No está propio?
*Fulg.* Y elegante.
¡Qué maestría! ¡qué rasgos!
A aquella Dido no iguala
ni la Venus del Ticiano:
las gracias de la edad tierna,
¡qué bien puestas en Ascanio!
¡el padre Enéas, qué noble!
*Gerón.* Y tu padre ignorantazo,
¡qué dixese que el Enéas
se parecia á Pilatos!
*Fulg.* No todos todo lo entienden.
*Gerón.* Tampoco han de despreciarlo.
*Fulg.* Creo que si le acabais,
como le habeis empezado,
no habrá pieza comparable:
no he visto tal mamarracho. *Aparte.*
*Gerón.* Bendígate Dios mil veces;
no en valde te quiero tanto,

y no en valde tu talento
es en Madrid celebrado:
si te llegas á casar,
como con ansia lo aguardo,
¡qué regalo te he de hacer
de pinturas de mi mano!
Mas voyme á desayunar
para volver al trabajo. *Vase.*

*Fulg.* ¡Pobre viejo! El se divierte,
y es lástima atormentarlo
en los postrimeros tiempos
de su vida: los ancianos,
aun en sus mismas manías,
deben ser muy contemplados;
preciso es tratarlos siempre
con muchísimo agasajo:
así ellos tienen dulzura,
y así nos autorizamos
para igual correspondencia
quando contemos sus años:
pero mi hermana.

*Sale Doña Rosa muy compuesta.*

*Rosa.* ¿Fulgencia?

*Fulg.* ¿Rosita? ¿tú tan temprano
vestida? ¿qué novedad?

*Rosa.* Ninguna por cierto.

*Fulg.* Vamos,
Rosita mia; entre hermanas
nada ha de haber reservado:
muger que tan de mañana
se echa todo el aparato
de conquista, ó sale á ver,
ó espera ser vista... ¿hay algo
de esto?
*Rosa.* Malicias son tuyas:
á la aurora he despertado:
nada tenia que hacer,
y en vestirme pasé el rato;
y me pesa, pues me dice
el consultor ordinario
de las damas, el espejo,
que no estoy bien.
*Fulg.* Te ha engañado,
que estás de la primavera
hecha un hermoso traslado;
todo el amor en tus ojos,
toda la gracia en tus labios,
todo lo culto en tu aseo,
y todo el ayre en tu garvo.
*Rosa.* ¿Me enamoras?
*Fulg.* ¿Por qué no?
¿Ignoras que yo te amo

con la ternura mas grande?
*Rosa.* Yo con la mia te pago.
*Fulg.* Lo creo: y por eso mismo
quisiera que celebrado
fuese tu primor en todo,
y en el inmenso espacio
de la corte, que brilláras
como debes; pero hallo
que te falta mucho, para
figurar en el teatro
de las damas del gran tono:
¿quieres serlo?
*Rosa.* ¿Podré acaso?
*Fulg.* Solo con una leccion.
Escúchame, Rosa, un rato.
Para dama del gran tono
es preciso, necesario,
y requisito primero,
que no has de hablar castellano.
*Rosa.* ¿Cómo he de hablar?
*Fulg.* En francés.
*Rosa.* ¿Por qué causa?
*Fulg.* Eso es muy claro.
Es nuestra lengua muy pobre;
del pobre nadie hace caso.
*Rosa.* Mas si yo no sé el francés.

*Fulg.* No has de salir de este quarto
sin saberlo.
*Rosa.* ¿Cómo?
*Fulg.* Atiende.
Si alguno te hace agasajo,
y con peregrinas voces,
y gestos de endemoniado
te pinta su amor, fingiendo
que el pobre se está abrasando,
que no puede resistir
la eficacia del flechazo,
y se ha de desesperar
si no consigue tu agrado:
tú entónces, con dulce tono,
dices frunciendo los labios:
*vous etes bien dangereux*;
y te vuelves de otro lado:
si insiste, dile *fi done*:
pero con dexo muy agrio.
Si notas que leen, ó cuentan
cosa que merece aplauso,
dí con todas las demas,
con su palmadita al canto:
*á merveillè, ee est charmant.*
Pero si por el contrario
merece reprobacion

lo que se lee, ó se ha contado,
dí con todas: ¡*quelle horreur*!
*ce est pitoyable*; cerrando
esta exclamacion, poniendo
los ojos encarnizados.
Si se refieren desgracias,
tú dirás medio llorando:
¡*quel malheur*! *je suis sensible.*
Si oyes chistes, muy al caso
será que digas: *ce est drol.*
Y con estos breves rasgos,
y otros muy pocos que dexo,
porque el asunto va largo;
á la segunda leccion
te presentas sin empacho,
con insulas de francesa,
en los circos cortesanos.

*Rosa.* ¿No hay mas que saber?

*Fulg.* ¿Y es poco?
Yo conozco mas de quatro
que hablan sin cesar francés,
y no saben otro tanto.

*Rosa.* ¿Y qué haré si en este idioma
alguien me pregunta algo?

*Fulg.* Dices con semblante adusto
convulsiones figurando:

*laisez moi, je suis malade;*
y está el negocio acabado.
*Rosa.* Adelante, que me gustas.
*Fulg.* Si te inclinares acaso
á tener algun cortejo,
que en el nuevo diccionario
se llama ya el exponente,
lo primero mira al grado;
si puede ser General,
los subalternos abaxo:
no importa que sea viejo,
ni jóven, gordo, ni flaco;
el tono es el figurar,
y está á la clase agregado:
si es extrangero mejor;
gran comida, nuevo plato:
baxo esta suposicion
sea todo tu conato
en materia de cortejos
dexar uno, y tomar quatro.
Si á tus amigas desbancas,
ese es el mayor aplauso;
guerra abierta á todo el mundo:
pues como dice un adagio,
á mas moros mas ganancia,
y á buen hambre no hay pan malo.

Si á los bayles concurrieres,
haz ostentacion del fausto;
y en el modo y el vestido
no consultes al recato.
Viste á lo turco, á lo persa,
á lo griego, á lo romano;
vístete en fin como quieras;
pero nunca á lo christiano.
El deber ya es muy antiguo,
y eso se va reformando
segun dicen malas lenguas;
yo me atengo á lo de antaño.
Si te murmuran, no importa;
de otras dicen otro tanto;
y no ha de haber para tí
privilegios reservados;
y la opinion en el dia
no es cosa de gran reparo;
que con esto y otras cosas
que te irá el tiempo enseñando,
de las damas del gran tono
serás perfecto retrato.

*Sale Don Gerónimo, que ha oído el último verso, y dice lo siguiente muy precipitado.*

*Gerón.* ¿Es al olio, ó al pastel?
¿Es miniatura? Veamos:

¿es de Vandik, ó del Vinci,
de Rivera, de Leonardo,
de Pousin, ó de Velazquez,
ó del mismo Diocleciano?
¿Es muy grande? ¿Quánto piden?
¿Está perfecto? ¿Es exâcto?
*Rosa.* Señor, ¿qué es lo que decís?
*Gerón.* ¿En dónde está ese retrato?
*Fulg.* Señor, ¿si esa es una voz
que la produxo el acaso
de nuestra conversacion?

*Sale Don Luis con unos papeles.*

*Luis.* ¿Tio?
*Gerón.* ¿Qué traes, muchacho?
*Luis.* Al entrar, el mayordomo
estos dos vales me ha dado
para que vos los firmeis,
porque ya estan endorsados.
*Gerón.* Déxalos sobre esa mesa.

*Miéntras Don Luis cruza, dice siempre mirando á Fulgencia.*

*Luis.* ¡Ay bellísimo milagro!
El alma toda te envio
en cada aliento que exhalo.
*Fulg.* Mucho me mira: él me ama,
ó faltan todos los datos

del entendimiento mio;
no sabe él cómo le pago.

*Gerón.* Idos ahora las dos,
que tengo que hablar un rato
con vuestro primo.

*Fulg.* ¿Secretos?
Mas yo sabré averiguarlos,
que este primo es el primero
que se me va apoderando
del corazon: si es el suyo
como me lo he figurado,
ó he de condenarme á necia,
ó yo sabré asegurarlo. *Vanse las dos.*

*Gerón.* Desde que á Madrid viniste
de Alcalá, como otros años,
á descansar del estudio,
tan diferente te hallo,
quanta diferencia va
de lo vivo á lo pintado:
toda la escuela flamenca
tenias ántes en los labios
y mexillas: tales eran
sus colores soberanos;
y ahora estás tan abatido,
que para sacar un quadro
de un moribundo, serías

el modelo mas exâcto:
¿qué tienes, dime, qué tienes?
Ya sabes quánto te amamos,
tus dos tios, como hijo
de nuestro menor hermano:
si éste disipó sus bienes,
y huérfano te ha dexado,
nosotros enmendarémos
tu suerte: ¿te falta algo?
¿quieres dineros? confia
en mi amor, y háblame claro.

*Luis.* Tio y señor, solo siento
no poder manifestaros
el fondo de gratitud
con que esas finezas pago;
lo que yo quiero, señor,
vuestro permiso mediando,
es el volverme á Alcalá,
que esta vez no me ha probado
la corte, y esta es la sola
ocasion de mi quebranto.

*Gerón.* Lo siento; pero si en eso
conoces que está el reparo...

*Entran Don Pedro y Don Francisco.*

*Los dos.* Buenos dias, caballeros.

*Gerón.* Señores, muy bien llegados.

¿Señor Don Francisco Vargas,
tan tarde?

*Franc.* Estuve ocupado,
á pesar del temporal
recio que hace, mirando
en la almoneda de un Grande,
diez pinturas del Albano,
que en toda mi vida he visto
un primor tan soberano;
no me hallaba con dinero,
y por eso no las traigo.

*Gerón.* ¿Quánto piden?

*Franc.* Casi nada;
cien doblones.

*Gerón.* Vamos, vamos
al punto á mi gabinete,
los llevaréis de contado;
y volved con las pinturas,
porque á comer os aguardo.

*Franc.* El caso es que para mí
las quisiera, y...

*Gerón.* Del Albano
yo no tengo nada, amigo:
yo os suplico...

*Franc.* En ese caso
os serviré.

*Gerón.* Por la falsa
podréis salir ántes: vamos.

*Franc.* Ya cayó este tonto.

*Gerón.* No hay
hombre mas afortunado:
¿por una gran porquería
diez pinturas del Albano?
Vaya que en Madrid hay gangas
para un hombre aprovechado. *Vanse.*

*Pedro.* ¿En efecto, que os volveis
á Alcalá?

*Luis.* Tan solo aguardo
de mi tio Don Matías
el permiso; y miéntras le hablo
os suplico... pero Rosa
hácia aquí se va acercando:
con tan buena compañía,
yo ninguna falta os hago;
quedad con Dios. *Vase.*

*Pedro.* El os guarde
muchos, y felices años.
Ella se llega: yo tengo,
despues del lance pasado,
la cabeza tan caliente,
que no sé lo que me hablo.

*Sale Doña Rosa.*

*Rosa.* ¿Pues qué es esto? ¿vos tan solo,
señor Don Pedro Avendaño?

*Pedro.* Habrá, señora, un momento
que Don Luis entró en el quarto
de vuestro padre, y aunque
solo me dexó, me hallo
de vuestra dulce memoria
siempre tan acompañado,
que no faltais de la mia
ni un indivisible espacio.

*Rosa.* ¿Lisonjas á mí?

*Pedro.* ¿Lisonjas,
quando á explicar lo que paso
no cabe en mis sentimientos
poder de manifestarlo?

*Rosa.* Pase por galantería,
estilo tan cortesano.

*Pedro.* Pase por verdad, señora,
y será mas acertado.

*Rosa.* Hay verdades tan comunes,
que del mundo en el teatro
la urbanidad las admite
sin perjuicio del recato,
que el velo de la atencion
encubre en ellas lo usado.

*Pedro.* No así juzgueis de las mias,
señora, considerando
que son hijas del amor
mas puro y mas acendrado,
que en aras de la fineza
os rinde mil holocaustos.

*Rosa.* ¿Tanto me amais?

*Pedro.* Con la duda
me haceis el mayor agravio:
no ama la abrasada tierra
en el ardiente verano
la fresca abundante lluvia,
que es restauracion del campo,
ni las flores el rocío
del alba precioso llanto,
ni la salud el enfermo,
como yo, señora, os amo:
porque si en lugar del cinco,
salgo yo con el caballo,
y juntamente la sota,
de siete levar las gano,
y á pesar de los demonios,
sin duda alguna, desbanco;
y entónces...

*Rosa.* ¿Estais en vos?
¿qué decís? ¿qué estais hablando?

*Pedro.* Qué mala pareja que hacen
jugador y enamorado:
perdonadme, Rosa bella,
que me sucedió un acaso
de honor, ayer por la noche,
en que otro y yo nos picamos
sobre accidentes del juego,
que estoy todo transportado;
y así la lengua acudiendo
al sentimiento mas alto,
que es la opionion ofendida.

*Rosa.* Tened, que llevais errado
de la disculpa el camino,
porque si bien lo miramos,
teneis demasiada flema
para estar tan agraviado;
con que queda descubierto
que un vicio tan vil y baxo
como el juego, puede mas
que ese amor tan ponderado;
yo me alegro de saberlo,
para cortarle los pasos
á un afecto que ya es nada,
si ántes podia ser algo. *Vase.*

*Pedro.* Esperad, oid, teneos...
¡Que tenga tan malos cascos,

que todo lo eche á perder
al tiempo mas necesario!
Mucho siento su desden,
pero todavía rabio
mas por las doscientas onzas;
dóysela al mas alentado,
que las pierda, y se posea
nadie en el género humano.

*Salen Don Luis, y Don Matías con escopeta.*

*Mat.* Hasta ahora no me habia
dicho este gran mentecato,
que os hallabais vos aquí:
¿ea, salimos al campo?
*Pedro.* ¿Estais en vuestro juicio?
¿no veis que está diluviando?
*Mat.* ¿Y qué importa?
*Pedro.* La salud
vuestra, que yo aprecio tanto:
mañana, queriendo Dios,
si está el tiempo sosegado,
al soto del Arzobispo
nos irémos muy temprano,
(que yo sacaré el permiso)
y cazarémos despacio.
*Mat.* Y no volveré contento,

si cien tiros no disparo;
á propósito de tiros,
siempre Don Pedro he notado
la diversidad que todos
usan en manifestarlos.

*Pedro.* Yo no os entiendo.

*Mat.* Atended :
Está un cazador pintando
un buen dia que ha tenido,
y dice: salí volando,

*La accion con los versos.*

y ántes de llegar al puesto
una perdiz como un pavo
me salió: *trum*, y cayó:
llegué al sitio, y entrando
arranca un conejo: *paf*,
y quedó pataleando:
luego saltó una gran liebre
á mas de quarenta pasos;
pero: *zas*, cayó redonda:
al atravesar un alto
salió una zorra; y yo *plum*,
y le sembré todo el rabo
de perdigones loberos;
pero escapó como un gamo:
iba cayendo la tarde,

y de entre unos juncos altos
salió una parda cerceta,
disparada como un rayo;
apunto y *craq*, no dió lumbre,
y me retiré cansado
de haber corrido seis leguas
monte arriba, y monte abaxo.

*Pedro.* Es decir, que los que cazan
usan ciertos dicharachos,
con que de su inclinacion
manifiestan el encanto...
¿pero Don Luis tan absorto
y silencioso?

*Durante estos versos y los siguientes, D. Matías se acerca á la mesa, y tomando uno de los vales sin reparar lo rompe, y acomoda un pequeño pedazo doblado entre el rastrillo y fogon.*

*Mat.* Dexadlo,
que está lleno de manías:
no sé por qué ahora ha dado
en querer irse á Alcalá.

*Pedro.* Para mi intencion no es malo: *Aparte.*
tendrá muy graves motivos
si en su prudencia reparo.

*Luis.* El procurar mi salud

solamente ha ocasionado
mi resolucion.

*Pedro.* Y es justa.

*Mat.* Si cazára, como cazo,
eso que es hipocondría
se le quitára sudando:
ya está enforma la escopeta.

*Pedro.* ¿Qué famosa de dos caños
vendian ayer?

*Mat.* ¿En dónde?

*Pedro.* En casa de un Escribano
amigo mio: ¡qué hermosa!
Toda formada de cascos
de herraduras, y la llave
primorosa, de la mano
de Josterhapsén.

*Mat.* ¿De quién?

*Pedro.* De Josterhapsén.

*Mat.* Extraño
nombre.

*Pedro.* Es de un Aleman,
el mas célebre de quantos
han fabricado escopetas;
yo me hallaba por acaso
sin dinero, que sino,
sin duda alguna la traigo

para vos.

*Mat.* ¿Quánto pedian?

*Pedro.* Treinta doblones.

*Mat.* Pues vamos
á mi quarto, y al momento
los llevaréis de contado;
de Josterhapsén: el nombre *Aparte.*
es bien duro y revesado;
si así fuere la escopeta
no puede valer un quarto. *Vase.*

*Pedro.* Ya cayó el pez, ya hay dinero;
trampa adelante, y andallo:
¿á dónde iré yo á buscar
escopeta de dos caños?
Mas no faltará un enredo
con que poder remediarlo. *Vase.*

*Luis.* Gracias á Dios que se fuéron;
y pues que solo me hallo,
ahora corazon mio,
tierno como enamorado,
gime, siente, llora, sufre,
iras, penas, males, daños:
mas si Fulgencia no sabe
la verdad con que la amo,
y con el silencio encubro
el bolcan en que me abraso;

¿por qué me quejo? Tal vez
admitiera con agrado
las ansias que la dedico,
á atreverme temerario
á explicarla los afectos
de su hechizo soberano;
pero un hombre sin fortuna,
de méritos despojado,
de la suerte desvalido,
¿cómo ha de volar tan alto?
Callémos, que en el que ama
objeto tan soberano,
sino es locura sentirlo,
es delito el publicarlo:
pero crece la pasion
con la vista, alimentando
especies que tal vez pueden
ser precipicio del labio;
huyendo se vence amor:
¿mas de qué sirve, llevando
atravesada la flecha
el querer huir del arco?
Pero la ausencia conviene,
que si del dolor no sano,
sanaré de la ocasion,
que es poderoso contrario:

huyendo iré de mí mismo
mañana quando el sol claro
amanezca de la aurora
entre los cándidos brazos;
huyendo iré de mí mismo,
de mi Fulgencia... ¡O extraño
poder de amor, ser la muerte
remedio de un desdichado!
¿Porque qué muerte mayor
que vivir ausente amando?
¿Y yo podré resistirlo?
¿Yo sin verla? Cielos santos,
esto es desesperacion,
que á resistirla no basto;
yo me muero, yo fallezco;
no es esto amor, es un rayo
que el corazon me traspasa:
piedad, piedad que me abraso;
pero está el alivio léjos,
tanto como cerca el daño.

*Sale Fulgencia.*

*Fulg.* Pues Don Luis, ¿de qué dáis voces,
tan inquieto y alterado?
¿qué os ha sucedido?
*Luis.* Esto *Aparte.*
faltaba á mis sobresaltos.

*Fulg.* ¿No me respondeis? Creí
que podia con vós algo;
mas veo...
*Luis.* No prosigais,
que podeis conmigo tanto...
*Fulg.* ¿Qué? ¿no merezco saber
lo que os obliga á tan raros
extremos? Pues es bastante.
*Luis.* Perdonad, que delirando
con mi fantasía estaba,
y no se puede hacer caso
de un ciego acoloramiento,
efecto de un mal tirano,
que es forzoso padecerlo
sin poder manifestarlo.
*Fulg.* ¿Pues qué os duele?
*Luis.* El corazon.
*Fulg.* Lo tendréis muy delicado:
¿y os duele mucho?
*Luis.* A mi muerte
voy aprisa caminando.
*Fulg.* ¿Sabeis la causa?
*Luis.* La sé.
*Fulg.* Decidla, por ver si hallamos
remedio.
*Luis.* No puede haberle.

*Fulg.* ¿Ni aun la causa penetrando?
*Luis.* Es que no puedo decirla.
*Fulg.* ¿Quién lo estorba?
*Luis.* Un desengaño.
*Fulg.* ¿De qué?
*Luis.* De que es incurable;
y por si mi vida acabo
brevemente, y excusar
del sentimiento los grados
á los que morir me viesen,
á Alcalá mañana parto.
*Fulg.* Corazon mio, al remedio *Aparte.*
que esto se pone muy malo.
No os vais, y creedme, primo.
*Luis.* ¿Y por qué?
*Fulg.* Porque he notado
en vos ciertos accidentes
que estan todos declarando
vuestro mal.
*Luis.* ¿Le conoceis?
*Fulg.* Vos estais enamorado,
¿no es verdad? Vaya, decidlo;
primos somos: confiadlo,
que no es delito el amar,
los límites observando
de la razon y el decoro:

decid, ¿me habré equivocado?

*Luis.* No señora.

*Fulg.* Resta ahora
saber quién es la que tanto
amais, que será un prodigio,
si por los efectos saco
la causa: vaya, ¿quién es?

*Luis.* Perdonadme si lo callo.

*Fulg.* ¿Por qué?

*Luis.* Porque es un objeto
á que aspirar es en vano;
y para no conseguirlo,
está demas publicarlo.

*Fulg.* ¿Y ella sabe que la amais?

*Luis.* Yo no he sido tan osado
que se lo haya dicho.

*Fulg.* ¿Cómo?

*Luis.* Media un infinito espacio
entre los dos.

*Fulg.* Noble sois.

*Luis.* Sí; pero muy desgraciado.

*Fulg.* La fortuna se corrige.

*Luis.* La mia no.

*Fulg.* Habladme claro:
¿conozco yo á la que amais?

*Luis.* ¿Qué espero que no declaro *Aparte.*

mi mal? ¿Qué ocasion mejor?
*Fulg.* Todavía está reacio:
mucho ama quien tanto teme;
yo procuraré obligarlo.
La conozco yo, decid,
que si fuere necesario
sacrificar mi fortuna
toda entera, yo me allano
por veros á vos contento
á hacerlo con gusto tanto,
como si yo misma fuera
la que vos estais amando:
que os quiero mas que pensais.
*Luis.* No hagais el dolor que paso
mas cruel: Fulgencia hermosa,
ni precipiteis mis labios,
á que de vuestro decoro...
¡Qué iba á decir, cielo santo!
*Fulg.* El hombre entraba en camino; *Aparte.*
pero se quedó atascado:
qué duro es de boca. En fin,
¿tan poco con vos alcanzo,
que no me haceis confianza
de vuestro amor?
*Luis.* Mas que agravio
es fineza.

*Fulg.* No os entiendo.
*Luis.* Harto digo en lo que callo.
*Fulg.* Si os obstinais, adelante:
yo ya he cumplido con quanto
era de mi obligacion;
mas quiero dar otro paso
hácia vuestro bien, diciendo
unos versos que á un estado
como el vuestro hizo un amigo.
*Luis.* Ya los espero.
*Fulg.* Escucharlos.
Hombre que su inclinacion
recata de una muger,
ó no la teme perder,
ó es de poco corazon:
no hay ninguna que al blason
no aspire de ser amada;
pero por enamorada
y ciega que llegue á estar,
nunca quiere adivinar,
sino ser adivinada.
Como en el crisol el oro
mas sus quilates explica,
la muger se sacrifica
en el fuego del decoro:
guardar debe este tesoro

con cuidados vigilantes;
pero los hombres amantes
aunque hallen un desengaño,
dicen: tal dia hará un año,
y se quedan como ántes.

Consigo mismo es tirano
quien su enfermedad oculta,
y el remedio dificulta
que pudo dexarle sano:
no hay tan hábil diestra mano,
que libertar pueda vida
que está á morir decidida,
por diligencias que haga;
que sin enseñar la llaga
nunca se cura la herida.

Todo lo iguala el amor,
que es rapaz muy atrevido;
pero castiga un descuido
con muchísimo rigor:
quien padezca su dolor,
en declararse no tarde;
haga de su aliento alarde,
que en ocasion oportuna,
la muger ni la fortuua
no quieren hombre cobarde. *Vase.*

*Luis.* Oid, esperad... ¡ó cielos!

¿qué mas claro, qué mas claro
se ha de explicar? Corazon,
dílatate en el espacio
de mi dolorido pecho:
¡ó Fulgencia! ¡ó dueño amado
de mi vida! No hay ausencia:
á morir entre los rayos
de tus bellísimos ojos
me quedaré, y de tu blanco
pie, besaré las estampas;
y aun con todo esto no pago
la dulcísima esperanza
que me lisonjea tanto:
¡ó amor! ¡ó prima querida!
sedme favorables ambos;
y seré del númen ciego
el mas venturoso esclavo.

## ACTO SEGUNDO.

*La misma decoracion: habrá unas sillas.*

*Don Matías y Don Gerónimo.*

*Gerón.* Pues Don Pedro y Don Francisco
despues de comer se fuéron;
en tanto que los muchachos
divirtiéndose allá dentro,
cantan ó baylan, ó hacen
lo que hicimos en su tiempo,
quisiera contigo ahora
hablar un rato de sério.
*Mat.* Pues vamos allá: comienza. *Se sientan.*
*Gerón.* Pero no has de ser molesto,
ni te has de enfadar.
*Mat.* ¿Por qué?
*Gerón.* Como tienes ese genio
tan raro y tan cosquilloso.
*Mat.* Pues hombre, el tuyo es muy bueno
ciertamente: pero al caso.
*Gerón.* Pues escucha.
*Mat.* Estoy atento.
*Gerón.* Esta muchacha... Fulgencia,
ha enviudado en lo mas bello

de su edad; por consiguiente
es su estado el mas expuesto:
es gallarda, y tanto que
pudiera su talle y cuerpo
en qualesquiera Academia
servir muy bien de modelo,
aunque el mismo Apeles fuera...
*Mat.* ¡Qué Apeles, ni niño muerto!
¿Ya te vas de tu manía
al delirio sempiterno?
Al caso, señor, al caso;
porque lo que estás diciendo,
es lo mismo que el entrar
cazando por un viñedo,
y en vez de una perdiz gorda,
saltar un flaco mochuelo.
*Gerón.* ¿Y eso qué es, señor?
*Mat.* Esto es
lo mismo que esotro.
*Gerón.* ¡Bueno!
¿y yo he de ser el paciente?
*Mat.* O me marcho, ó acabémos.
*Gerón.* Digo, pues, que á esta muchacha
casarla será bienhecho:
y Don Francisco de Vargas
queria fuese su dueño.

*Mat.* Pues quieres mal.
*Gerón.* ¿Por qué causa?
*Mat.* Porque yo tengo dispuesto
el dársela por muger
á su amigo y compañero
Don Pedro.
*Gerón.* ¡Famosa idéa!
en verdad, ¡gran pensamiento!
¡Buena va la diferencia
de Don Francisco á Don Pedro!
Don Francisco es todo un hombre.
*Mat.* Don Pedro es un hombre entero.
*Gerón.* Ese es un chis garavís,
atolondrado y sin seso.
*Mat.* El otro es un mariquita,
encanijado y enteco.
*Gerón.* Aquel es hombre profundo,
y dotado de talento:
¡qué bellamente dibuxa!
*Mat.* Con que me dibuxe nietos,
y á tí te pinte sobrinos,
Don Pedro, estaré contento;
porque no ha de ser letrado
el que marco para yerno.
*Gerón.* Eso es por contradecirme
nada mas: si lo estoy viendo:

á Don Francisco eligieras,
si yo eligiera á Don Pedro.
*Mat.* Podría ser.

*Se levantan y pasean opuestamente, parándose de quando en quando á decirse algunas razones.*

*Gerón.* Pues podrá
no ser lo que estás creyendo.
*Mat.* No faltaba otra miseria.
*Gerón.* Debieras mas miramiento
tener á que soy mayor:
pero no me importa un bledo;
se casará la muchacha.
*Mat.* ¿Quién lo duda? con Don Pedro.
*Gerón.* No señor: con Don Francisco,
aunque le pese al infierno.
*Mat.* Con quien yo quiera será,
y no hablémos mas en ello.
*Gerón.* Primero rebentaría.
*Mat.* Yo me ahogaría primero.
*Gerón.* Hay para patear el gorro.
*Mat.* El hombre pasa de terco.
*Gerón.* Soy su tio, y se ha de hacer.
*Mat.* Soy su padre, y yo no quiero.
*Gerón.* Pero hombre, atiende á razones;
pues para el caso es lo mesmo,

dexá que con Don Francisco
case Fulgencia, y casémos
con Don Pedro á la Rosita.

*Mat.* Si tú quieres que troquemos
las parejas, vaya en gracia:
lo demas no lo consiento.

*Gerón.* ¡Qué cabeza para yunque!

*Mat.* ¡Qué maldito para suegro!

*Gerón.* ¿Con que no hay remedio?

*Mat.* No.

*Gerón.* Pues señor, si ha se ser eso,
no quiero vivir esclavo
de los caprichos agenos:
venga luego un Escribano,
los bienes dividirémos;
y pues por mayor quedé
mejorado en quinto y tercio,
quédate tú con lo tuyo;
que de lo mio heredero
haré á Don Luis, que tendrá
mayor agradecimiento;
y es tambien como tus hijas
mi sobrino.

*Mat.* Malo es esto. *Aparte.*
Pero hombre...

*Gerón.* Pero zambomba.

*Mat.* Para que veas que tengo
gana de condescender
contigo, me ocurre un medio
fácil de que se conformen
pareceres tan opuestos.
*Gerón.* ¿Y quál es?
*Mat.* Venga Fulgencia,
y elija ella al que de ellos
le pareciere mejor.
*Gerón.* Me acomoda; estoy contento.
*Mat.* ¡Ola!

*Sale un Criado.*

*Criado.* Señor, ¿qué mandais?
*Mat.* A Fulgencia, que la espero
al instante. *Vase el Criado.*
*Gerón.* Ella que tiene
tan fino discernimiento
preferirá á Don Francisco,
no tengo el menor rezelo.
*Mat.* En sabiendo que es mi gusto
que se case con Don Pedro,
le elegirá sin que pueda
dudar siquiera un momento.

*Sale Fulgencia.*

*Fulg.* ¿Me han dicho que me llamais?
¿En qué puedo obedeceros?

*Mat.* Poca cosa: á dos palabras
está reducido el cuento:
rica, hermosa, jóven, viuda,
es estado muy expuesto;
tu tio quiere sobrinos,
yo tambien quisiera nietos:
es decir, que á que te cases
conspiran nuestros deseos;
para lograr este fin,
dos novios te proponémos:
prefiere éste á Don Francisco,
y yo á Don Pedro me atengo;
cada qual es como el otro,
ya conoces nuestros genios,
elige al que tú quisieres,
y no tengamos mas pleytos.

*Fulg.* La proposicion es rara:
el modo de hacerla encuentro
que es bien extraño; con todo,
parece que satisfechos
quedaréis con tal que yo
me decida.

*Los dos.* Desde luego.

*Fulg.* Pues oidme, y á ninguno
veréis que desobedezco.
El marido que yo tome,

si es que casarme resuelvo,
no ha de haber querido á otra:
que sería desacuerdo
de otras cenizas difuntas
venir yo á soplar el fuego:
además he de tener
exâcto conocimiento
de su moral: no hay un hombre
que no tenga algun siniestro;
los hay leves, y otros que
no pueden ser llevaderos;
y para no tolerarlos
mejor es no recogerlos:
sin el trato es imposible
conocer á los sugetos;
y una prision de por vida
no hay para que la fiemos
al capricho de la suerte,
que no tiene entendimiento;
y aun quiera Dios que con él
no se encuentre el desacierto:
si yerro, por mi eleccion
quiero errar; y desde luego
á qualquiera que me engañe
de culpa y pena le absuelvo:
todo el mundo, como dicen,

tiene su flaco; y es cierto
que el que llega á descubrirle
conquista qualquiera afecto;
que á brecha abierta no hay plaza
que resista mucho tiempo:
dígolo porque los dos
novios que me habeis propuesto,
(dexando aparte si son
ricos ó pobres, plebeyos
ó nobles, pues os supongo
informados de todo esto)
á entrambos se os han entrado
por el flaco descubierto:
el uno adula al que pinta,
y el otro al que caza; pero
yo que ni cazo, ni pinto,
tan poco caso hago de ellos,
que solamente me deben
políticos cumplimientos,
que aun sin pasar de civiles
no dexan de ser bien frescos:
ninguno de ellos me gusta,
y á la suerte lo agradezco;
pues no queriendo á ninguno,
os dexo á los dos bien puestos.

*Gerón.* Don Francisco Vargas es

un hombre en todo completo
por sus prendas personales;
y en quanto á lo caballero,
he visto su executoria,
y tiene entre otros trofeos,
en uno de sus quarteles
dibuxado un cuervo negro.
*Mat.* Desde que soy cazador
ningun cuervo blanco he muerto.
*Gerón.* Esas son bachillerías
de estómago: ¿habrá tal necio?
Digo que entre otras divisas
tiene dibuxado un cuervo,
que á una cabeza de un moro
le está picando los sesos,
con tal expresion, que al ver
como el animal sangriento
contra la pobre cabeza
vibra el pico carnicero,
y las cortadoras uñas,
parece que está uno oyendo
quejarse de pena al moro,
y graznar de gusto al cuervo.
*Mat.* Todo en el mundo es fortuna:
si yo por desgracia llego,
y á ese cuervo que al artista

serviría de modelo,
le doy un escopetazo,
le hago polvo sin remedio,
y se llevan mil demonios
un blason tan estupendo.

*Gerón.* Esto ya es inaguantable.

*En acto de irse, y le detiene el Mayordomo que sale.*

*Mayord.* Señor, que me oigais os ruego.

*Gerón.* Vamos, despacha, ¿qué quieres?

*Mayord.* Por aquellos vales vengo
que os envié con Don Luis,
y ahora vienen por ellos.

*Gerón.* De firmarlos me olvidé;
mas pues hay pluma y tintero
*Se sienta para firmar.*
ahora lo haré, que aquí
los dexé... ¿pero qué veo?
si este solo es medio vale.
¿Qué diablos puede ser esto?

*Fulg.* Que el cuervo de aquel escudo
tragaría el otro medio,
pues la cabeza del moro
no le dexó satisfecho.

*Gerón.* ¿Quién ha entrado aquí?

*Mat.* Ninguno.

Yo soy un bárbaro, y tengo
la culpa sin duda alguna,
pues como estaba lloviendo,
y no podia salir,
para que estuviese seco
el fogon, ponerle quise
un papel, y sin acuerdo
cogí de esa mesa uno,
y le rompí para ello.

*Gerón.* ¿Y esto se ha de tolerar?

*Mat.* Si ya no tiene remedio.
Yo lo supliré.

*Gerón.* ¡Paciencia!
por Dios santo... ¿otra te pego?
El otro vale parece
que ha salido del infierno
segun está de tiznado:
tambien yo soy un jumento,
por pintar una figura
de ese quadro con acierto,
hice el borron sobre el vale,
y queda inservible.

*Mat.* ¡Bueno!
¿Y esto se ha de tolerar?

*Gerón.* Pues tú, ¿qué pierdes en eso?
Ven, y te daré otro vale. *Vase.*

*Mat.* Yo tambien: este Don Pedro
no me traxo la escopeta,
y hasta verla estoy inquieto. *Vase.*

*Sale Don Luis.*

*Luis.* Esperando á veros sola
he estado, hermoso dueño,
para explicaros las ansias
amorosas que padezco.

*Fulgencia mira á todas partes.*

¿Pero que es lo qué mirais?
*Fulg.* Estoy mirando, si veo
á quien podais dirigir
esos amantes acentos,
porque son en vos extraños,
y para mi oído nuevos.
*Luis.* ¿Qué es lo que me está pasando?
¡todo me ha cubierto un yelo!
Pues vos, señora...
*Fulg.* Adelante:
proseguid.
*Luis.* Os tengo miedo.
*Fulg.* Pues tan horrorosa soy.
*Luis.* Antes bien sois el portento.
*Fulg.* ¿De qué?
*Luis.* De mis confusiones.
*Fulg.* Explicadlas.

*Luis.* No me atrevo.
*Fulg.* ¿Por qué?
*Luis.* Porque os desconozco.
*Fugl.* ¿Tan otra soy?
*Luis.* No os encuentro
la misma yo.
*Fulg.* ¿Por qué causa?
*Luis.* Veré si explicarla puedo:
en tempestuosa noche
se extravía el pasagero,
y por las sombras confusas
rige los pasos inciertos,
quando vé á la luz amiga
de un relámpago, un sendero
que sigue muy confiado;
y quando lo piensa ménos,
en un precipicio horrible
encuentra su fin funesto:
corre la nave ligera
por el océano inmenso,
agitada de las olas,
combatida de los vientos,
quando desde la alta cofa,
tierra anuncia el marinero;
y alegremente saluda
el apetecido puerto;

pero turva su alegría,
pirata enemigo leño,
que se interpone, la embiste,
y la lleva á sangre y fuego:
dos símiles de mi suerte
desdichada os he propuesto;
para aplicarlos os sobra
demasiado entendimiento;
y permitid que me ausente
para no volver á veros.

*Fulg.* Oid, no os vais: ¡pobrecillo!
¡cómo está! le compadezco.
Si el que se perdió en la noche
de aquel temporal tan recio,
se hubiese arrimado á un árbol,
la tolerancia oponiendo
á la tempestad, no habría
seguido el fatal sendero,
excusando el precipicio
á favor del sufrimiento.
Si la combatida nave
no tuvo bastante aliento
para vencer al pirata,
ó resistirle á lo ménos,
no se queje de la suerte,
sino de su poco esfuerzo,

porque el valor crecer debe
á proporcion de los riesgos:
y en fin, ¿de qué sirve andar
con todos esos rodeos?
Vos estais enamorado:
¿no es verdad?

*Luis.* Yo lo confieso.

*Fulg.* Os dixe que declaraseis
vuestra pasion á su objeto.

*Luis.* ¿Pues por qué extrañais, señora,
que siga vuestros consejos?

*Fulg.* ¿Luego yo soy la dichosa?

*Luis.* Si lo sentís...

*Fulg.* No por cierto:
no soy yo de las mugeres
que hacen asco á los requiebros,
y quando no se los dicen,
de rabia fruncen el gesto;
ni de las tontas que tienen
buena cara y lindo cuerpo,
y en el vulgo de las feas
se estan contando y metiendo,
porque las llamen hermosas;
no tengo yo estos defectos,
ni otros muchos: bien conozco
que alguna cosa merezco:

lo que no conozco es,
cómo Don Luis habeis hecho,
viviendo juntos los dos,
para aguantar tanto tiempo,
la insoportable pesada
dura carga de un silencio.

*Luis.* ¿Cómo podia atreverse
á declararos su afecto,
el que solo tiene una
alma fina que ofreceros?

*Fulg.* ¿Una alma fina? Ahí es nada:
¿se encuentra por el dinero?
Una alma fina es alhaja
muy comun en ambos sexôs;
todos dicen que la tienen,
todos de ella alarde hacemos;
pero si hubiera contraste
que exâminára su precio,
¡en qué pocas se verían
marcas de merecimiento!
Mas séalo, ó no, la vuestra,
porque en eso no me meto,
y yo jamas á los hombres
los registré tan adentro:
¿es acaso algun pecado
pretender con fin honesto

á una dama, y declararla
su atrevido pensamiento?
¿Perdiais algo en el trato?
¿Qué aventurabais en ello?
Lo que el que da un memorial
solicitando algun puesto:
medio pliego de papel,
y media hora de tiempo;
si pega, llegó la hora;
y si no, se queda fresco.
Don Luis, si á los que nos dicen
sus amorosos deseos,
hubiéramos de sacar
los ojos por el exceso,
pronto quedaría el mundo
hecho un hospital de ciegos.
*Luis.* Pues pensais de esa manera,
y sabeis mis pensamientos,
decidid de mi destino;
esto solamente espero.
*Fulg.* Exâminarle conviene *Aparte.*
en el crisol de los zelos,
para conocer á fondo
los quilates de su afecto.
*Luis.* ¿No me respondeis, señora?

¿Ni un desengaño os merezco?
*Fulg.* ¿Y pudierais tolerarle?
*Luis.* Sabría morir al ménos.
*Fulg.* Ved lo que es el ser corbarde;
pues ha muy pocos momentos
que acaso hubiera premiado
de vuestro amor los extremos;
y ahora...
*Luis.* ¿Ya es imposible?
*Fulg.* ¿Qué pensais de los consejos
de un padre y un tio, á quienes
mi vida y fortuna debo?
*Luis.* Que debeis en todo quanto
pudiéreis obedecerlos.
*Fulg.* Estimo infinitamente
que me áconsejeis tan cuerdo;
pero os habeis sentenciado.
*Luis.* ¿Cómo?
*Fulg.* Como me han propuesto
que elija para mi esposo
á Don Francisco ó Don Pedro.
*Luis.* ¡Qué esto escucho! A Dios, señora.
*Fulg.* ¿A dónde vais? Deteneos.
¿qué intentais?
*Luis.* Morir, morir

á fuerza de un sentimiento,
que es imposible explicarlo
siendo fuerza el padecerlo.
*Fulg.* Muy precipitado sois.
*Luis.* No hay desesperados cuerdos.
*Fulg.* ¿Pues qué os quedaba que hacer
al verme en brazos agenos?
*Luis.* ¿Y sería yo tan vil,
que me aventurase á verlo?
*Fulg.* ¿Pues por ventura teneis
á mi mano algun derecho?
*Luis.* A tenerle, ¿se atreviera
nadie á miraros, ni á veros?
*Fulg.* Malo erais para casado;
fuerais zeloso en extremo.
*Luis.* Fuera entónces confianza
todo lo que ahora zelos.
*Fulg.* Las señales no lo indican.
*Luis.* Lo dirían los efectos.
*Fulg.* No estamos en ese caso.
*Luis.* Eso es lo que yo mas siento;
y así dexadme partir.
*Fulg.* ¿A dónde?
*Luis.* Donde ni el eco
escuche de vuestro nombre,

y me acabe mi tormento.

*Fulg.* Aun no estoy comprometida.

*Luis.* ¿Con que cabe algun remedio?

*Fulg.* El de los desesperados.

*Luis.* ¿Quál es?

*Fulg.* Sufrir hasta verlo.

*Luis.* No me expondré yo á esa pena.

*Fulg.* Pues procederéis muy necio:
muy poco mundo teneis;
muy novicio estais en esto
de interpretar voluntades;
y en un legista es defecto
crasísimo: ¡pobre hombre!
¡Mucha furia, y poco pecho!
Teneis la leche en los labios
todavía, y estoy viendo
que en el tribunal de amor
no ganaréis muchos pleytos. *Vase.*

*Luis.* Oid, esperad, señora...
¡Con qué de dudas peleo!
Esta muger para mí
es enigma que no entiendo;
ya anima, ya desespera,
ya consuela. ¿Qué de afectos
tan encontrados combaten

mi triste corazon tierno?

*Sale Doña Rosa.*

*Rosa.* Expiando la ocasion
de hallaros solo, ha gran tiempo
que estaba, querido primo.

*Luis.* Ved en qué serviros puedo,
que lo haré con sumo gusto.

*Rosa.* Decid, ¿á estos caballeros,
que presentasteis en casa
quando de Alcalá viniéron,
los conoceis muy á fondo?

*Luis.* ¿Muy á fondo? No por cierto:
en Alcalá cinco meses
los dos, señora, viviéron
conmigo en una posada:
este motivo, y el verlos
cortesanos en su trato,
no dados á devanéos,
como en la Universidad
acostumbran los mancebos,
dió principio á esta amistad:
vine á la corte con ellos,
y como me visitáron,
mis tios les ofreciéron
la casa; pero jamas

há llegado el trato nuestro
á la íntima confianza.
*Rosa.* ¿Mas no sabeis si Don Pedro
es jugador, ó si tiene
algunos otros defectos?
*Luis.* No señora; y perdonad
si aquí mas no me detengo,
que me importa el retirarme.
*Rosa.* Id con Dios.
*Luis.* Guárdeos el cielo:
¡qué de confusas idéas
perturban mi entendimiento! *Vase.*
*Rosa.* ¡Que no halle con la verdad!
Mas demasiado la encuentro,
y yo no quiero escucharla,
porque incauta voy huyendo
del desengaño; conozco
que no merece mi afecto
Don Pedro, y la inclinacion...
*Sale Don Francisco, y con él un criado que trae unos quadros.*
Mas Don Francisco, ¿qué es esto?
*Franc.* Esta mañana no pude
satisfacer los deseos
de vuestro tio, y ahora

le tráia en esos lienzos
varias cosas del Albano,
de mucho merecimiento.
A Don Gerónimo avisa

*Vase el Criado.*

que estoy aquí: ¿quereis verlos?
*Rosa.* Las pinturas bien me gustan;
mas como no las entiendo...
*Franc.* Ved ésta tan solo.
*Rosa.* ¿Y qué es?
*Franc.* Venus hermosa, riendo
de ver al amor picado
de una abeja.
*Rosa.* Con efecto,
está hermosa.
*Franc.* Lo estaría
mucho mas, si el pincel diestro
os hubiera á vos copiado
en su lugar.
*Rosa.* Agradezco
la cortesana lisonja.
*Franc.* Si agradèciérais mi afecto,
veriais que en mis razones
no entra el encarecimiento;
porque mi amor...

*Rosa.* No me hableis
nada de amores, que tengo
ya los oídos cansados
de escuchar mil rendimientos,
que la ociosidad los dicta
mas que el corazon sincero:
dos dias ha que á mi hermana
le deciais mil requiebros;
relox de repeticion
pareceis, pues segun creo,
ibais ahora á decirme
sin duda alguna lo mesmo:
andad que tan bueno sois
como vuestro compañero. *Vase.*

*Franc.* No va contenta la niña:
¿si nos irán descubriendo
la maula? Mas viene el tio,
paciencia, y vaya de enredo.

*Sale Don Gerónimo.*

*Ger.* ¿Con que al cabo habeis traído
los quadros? ¡Quánto lo aprecio!
veamos, hombre, veamos:
estoy loco de contento.

*Enseñándole el quadro.*

*Franc.* No es para ménos la ganga.

A ver, ¿qué tal esa Venus?

*Gerón.* ¡Hermosísimo prodigio!
¡Qué color! ¡Qué empastamiento!
¡Qué formas tan elegantes!
¡Qué contornos tan bien hechos!
¡Qué expresion! ¿Dónde demonios
hallasteis este portento?

*Franc.* Por veinte reales en la *Ap.*
calle de Jacometrezo,
en la tienda de un Chalan
que revende trastos viejos.

*Gerón.* ¡Bendito seais mil veces!
¡Bien empleado dinero!
Si fuese de un santo, ó santa
la pintura, sin remedio
de dia y noche tendria
trescientas velas ardiendo
continuamente delante
de esta imágen.

*Dentro voces de Don Pedro y un Criado.*

*Dentr. Pedro.* ¡Ah perverso!

*Dent. Criado.* Señor, por Dios.

*Dent. Pedro.* Morirás.

*Dent. Criado.* ¡Ay de mí!

*Gerón.* ¿Qué será esto?

*Sale Don Matías con escopeta.*

*Mat.* ¿Quién alborota la casa?
¿Son ladrones?
*Gerón.* Qué sabemos.
*Mat.* Me alegrára.
*Franc.* ¿Pára qué?
*Mat.* Para disparar sobre ellos
esta escopeta, que está
cargada hace mucho tiempo.

*Sale Don Pedro con dos cañones de escopeta, y una caxa rota.*

¿Mas qué es lo que estoy mirando?
¿Qué ha sucedido, Don Pedro?
¿Qué aparato es ese?
*Pedro.* Amigo,
dexadme por Dios, que vengo
hecho un aspid: no sé cómo
de cólera no reviento.
*Mat.* Pero decid lo que ha sido.
*Pedro.* Como no pude traeros
la escopeta esta mañana,
despues de comer fuí á hacerlo;
y como está el piso malo,
á mi criado un Gallego
mas pesado que una deuda,

y mas bruto que un jumento,
se la dí para traerla,
y como no tiene tiento
para nada, resvaló;
y tropezando y cayendo
por todas las escaleras,
hizo tres mil y quinientos
pedazos, llaves y caxas:
pero no se fué riendo,
porque con este cañon
le abrí como palmo y medio
de cabeza.

*Mat.* ¡Bien por Dios!
Amigo, ¡bravo consuelo!
Si yo pierdo la escopeta,
que se lleven al Gallego,
y á toda su casta entera,
dos mil diablos, ¿qué provecho,
qué negocio es para mí?

*Pedro.* No os desconsoleis por eso.

*Hablan aparte.*

*Gerón.* Aquí ya no harémos nada:

*A Don Francisco.*

amigo, vamos, y adentro
sin que nadie nos estorve

los quadros registrarémos;

*Recoge los quadros.*

y además de eso, he de hablaros
en un asunto muy sério. *Vase.*

*Franc.* ¿Qué podrá ser? ¿Mas qué dudo,
si luego voy á saberlo? *Vase.*

*Pedro.* Si digo que nada importa.

*Mat.* De escucharlo el juicio pierdo:
¿quién diablos componer puede
tan desunidos fragmentos?

*Pedro.* ¿Puede faltar en Madrid
quien lo haga? Además de eso
no faltará otra escopeta.

*Mat.* Ni tampoco otro Gallego
que la traiga.

*Pedro.* ¿Pues quereis
un trabuco naranjero?

*Mat.* ¿Y he de andar á trabucazos
con las liebres y conejos?
será cazar á metralla.

*Sale un Criado.*

*Criado.* ¿Señor?

*Mat.* Vaya, ¿qué tenemos?

*Criado.* La pólvora que pedisteis
han traído, y el dinero

espera el hombre.

*Mat.* Allá voy:
esperad, que pronto vuelvo.

*Criado.* Bastante húmeda viene.

*Mat.* ¿Qué ha de hacer, si está lloviendo?
pero en la cocina pronto
se secará al vaho del fuego. *Vanse.*

*Pedro.* Ya salimos con bien de ésta.
¡Lo que puede un buen ingenio!
Para otra... pero se acerca
Doña Fulgencia á este puesto;
y valga por lo que valga,
la diré dos chicoléos.

*Sale Fulgencia.*

*Fulg.* ¿No estaba mi padre aquí?

*Pedro.* Ahora se fué allá dentro.

*Fulg.* Está muy bien: Dios os guarde.

*Pedro.* Pero, señora, ¿tan presto
la alegría de mis ojos
obscureceis?

*Don Luis escuchando.*

*Luis.* ¿Con Don Pedro
mi prima? ¿Qué podrá ser?

*Fulg.* Por quien soy, que no os entiendo.

*Pedro.* ¿Pues podeis dudar, señora,

de que rendido os venero?
¿Podeis dudar que á las luces
de vuestros ojos me quemo?

*Sale D. Luis.* Os quemaré yo la lengua,
sino moderais acentos
tan indignos: esta casa...

*Fulg.* ¿Quién os mete á vos en esto?

*Pedro.* Está señora por mí
os ha respondido; pero
por si acaso no quedais
totalmente satisfecho,
sabed que á nadie ofender
puede un galante despejo;
y ninguno mas que yo
guarda el debido respeto
á esta casa; no lleveis
el escrúpulo á un extremo
tan ridículo; y en quanto
á lo que, si bien me acuerdo,
me dixisteis de quemarme
la lengua; sois caballero,
yo os procuraré tratar
como á tal: ya nos verémos. *Vase.*

*Luis.* Oid: ¿por qué dilatarlo?
No es mejor que ahora...

*Fulg.* Necio, *Deteniéndole.*
¿qué intentais?
*Luis.* Darle á entender,
que lo que he dicho sostengo;
pero yo le buscaré.
*Fulg.* ¿Sabeis que estoy de por medio?
*Luis.* Buen modo de contenerme,
es presentarme el objeto
que mas mi cólera excita.
*Fulg.* Luego de aquí inferirémos
que la niña, y no el respeto
de la casa, es lo que os mueve
á desfacer este entuerto.
*Luis.* Despues de lo que me ha dicho,
¿permitiré que creyendo
esté, si yo no le busco,
que ha sido tenerle miedo?
*Fulg.* ¿Y reflexîonais, señor
Don Quijote de estos tiempos,
las conseqüencias que puede
producir este suceso?
*Luis.* Suceda lo que suceda,
solo á mi opinion atiendo.
*Fulg.* ¿Y la mia no os importa?
*Luis.* ¿Pues en qué la comprometo?

*Fulg.* Si reñís, se ha de saber
que por mí ha sido este duelo,
y el honor de una muger
no debe quedar expuesto
á los caprichos del vulgo,
que abultando los sucesos
á impulsos de la malicia,
aun á las sombras da cuerpo.
*Luis.* ¿Y por qué se ha de saber?
*Fulg.* Asuntos de tanto peso
¿cómo pueden ocultarse?
Y sobre todo, ¿es bien hecho
que seais vos el quejoso,
y el ofendido Don Pedro?
*Luis.* ¿El ofendido?
*Fulg.* Cabal:
pues porque, ó por pasatiempo,
ó porque le gusto yo,
que al fiñ, señor mio, en esto
de gustos cada qual es...
*Luis.* Que no prosigais os ruego,
pues no puedo tolerar
el que le esteis defendiendo.
*Fulg.* Yo defiendo la razon:
¿nó me amais?

*Luis.* Con todo extremo.

*Fulg.* ¿Y por qué? Porque os parece
que me ha concedido el cielo
alguna prerogativa
sobre los demas, ¿no es cierto?
¿Pues por qué causa queréis
que el otro tenga diversos
los ojos, y en mí no vea
lo mismo que estais vos viendo?

*Luis.* ¿Luego gustais que él os ame?

*Fulg.* ¿Y por qué no?

*Luis.* El juicio pierdo.

*Fulg.* Si me ama, es porque cree
que tengo merecimiento,
y el favor que me dispensa
no he de tratar con desprecio:
si alguna muger os dice
que siente que algun sugeto
la quiera, sea el que fuere,
creed que miente: que en esto
de ser queridas de todos,
todas se chupan los dedos;
que al compas del sacrificio
crece tambien el incienso:
tal vez pudierais quejaros

si yo hiciese algun aprecio
de quantas galanterías
suele decirme Don Pedro,
y otros mil; pero las oigo
como tempestad de truenos,
que se escucha, y no se atiende;
hace ruido, y pasa presto.
En fin, sabeis mi intencion,
no procedais indiscreto,
y no querais conocer
quando no tenga remedio,
que es necedad no seguir
de la muger el consejo,
y de una muger que puede...
esto basta: no sois necio. *Vase.*

*Luis.* Esta muger me confunde;
no me parece que quedo
bien puesto, sino me aboco
con Don Pedro: mas primero
provoqué yo sus enojos,
y dixo: ya nos verémos;
templaré, pues, mi furor,
hasta que me busque él mesmo;
y con mi dama, con él,
y conmigo cumplo á un tiempo.

# ACTO TERCERO.

*Calle á media luz: salen Don Pedro y Don Francisco.*

*Pedro.* Esto que te digo pasa.
*Franc.* ¿Que te injurió?
*Pedro.* ¡Friolera!
No me dixo, sino que
me quemaria la lengua.
*Franc.* ¿Y tú qué le contestaste?
*Pedro.* Me revestí de entereza;
y con enfático tono,
y mucha prosopopeya,
le dixe: ya nos verémos,
y al punto tomé la puerta.
*Franc.* Pero ahora ¿qué resuelves?
*Pedro.* ¿Quién, yo? Nada. ¿Pues qué piensas,
que yo he de sacar al otro
á reñir una pendencia,
y exponerme á que me abra
palmo y medio de cabeza,
ó que tirando el demonio
de la manta descubriera
el pastel, y me embiasen

camino de Cartagena?

*Franc.* Pero si todo pasó
á la vista de Fulgencia,
y callas como un casado
que vive á merced agena,
es preciso, una de dos,
ó que á la casa no vuelvas,
ó renunciar de la viuda,
pues tan mal contigo quedas.

*Pedro.* ¿Quedaré mejor si el otro
una estocada me espeta?
Yo que jamas he sabido
quál es mi mano derecha
para la espada, que en mí
es estorvo, y no defensa,
y estimo tanto mi cuerpo,
como única y sola prenda
que heredé de mis mayores,
(Dios en descanso los tenga)
¿por dimes y por diretes
lo expondria á contingencias?
Ya pasó ese tiempo, hijo:
allá quando las escuelas
cursábamos de Sevilla
con la turba estudiantesca,

hicimos mil travesuras,
y no ignoras que nos cuesta
bien cara la de ha tres años,
pues nos hace andar alerta:
dexémonos, pues, de historias;
á la viuda le interesa
por su opinion, como dicen,
á todo esto echarle tierra;
y á mí tambien por la mia
por lo de antaño, y por ella.

*Franc.* Amigo, quando los casos
imprevistos se presentan,
la gracia del hombre es
manejarlos de manera,
que salvando la opinion
se eviten las conseqüencias;
y el tuyo no me parece
que es ningun arco de Iglesia.

*Pedro.* Pues dime tu parecer.

*Franc.* Tú has de escribir una esquela
desafiando á Don Luis,
señalando, como es regla,
sitio y hora: yo seré
el portador de las nuevas;
me encontraré con madama,

y la diré si rezela
que entre Don Luis y entre tí
hay asunto de querella;
que yo estoy muy rezeloso
de hallarte con una fiera
agitacion nunca vista;
y que crecen mis sospechas
con el papel que me encargas
entregar á Don Luis. Ella
que es astuta como un diablo,
lo habrá de estorvar por fuerza;
yo me encargo de la culpa,
y tú como un héroe quedas.

*Pedro.* Y si ella, que es muger,
(y las hay tan indiscretas,
que se sacarán un ojo
solo porque se hable de ellas)
confiada en su primillo,
se le pone en la cabeza
que á mí me zurren el polvo,
¿en qué parará la fiesta?

*Franc.* No seas tan majadero,
no es muger Doña Fulgencia
de permitir que su nombre
el público traiga en lenguas.

*Pedro.* Dios de la mejor me libre,
por su piedad sempiterna.
*Franc.* Y si ella no resistiese,
¿yo tan imprudente fuera
que á Don Luis sin mas, ni mas
iría á darle la esquela?
*Pedro.* Pues bien, me pongo en tus manos,
quiera Dios que por bien sea:
vamos ahora á escribir
el papel, ó la pamema.
*Franc.* Supongo que irás allá
como siempre.
*Pedro.* En mi prudencia,
es excusado el aviso.
*Franc.* Pues alon: vamos apriesa.
*Pedro.* Vamos: el papel envio;
voy á la tertulia, cesa
á las diez: voy á la banca,
pierdo lo poco que resta:
mañana me descalabran,
ó me encaxan en la trena;
esto falta para que
sea la funcion completa.

*La misma decoracion que al principio: salen Rosa y Fulgencia, y una criada que pone luz en una mesa, y se retira al instante.*

*Rosa.* Triste estás.
*Fulg.* Te lo parece.
*Rosa.* Como siempre manifiestas
tan rara jovialidad,
que á todo el mundo embelesas,
un momento que te falte,
ó que reservarla quieras,
se hace extraño, y apareces
poseída de tristeza.
*Fulg.* Pues hija, no la conozco;
y en verdad que lo sintiera.
*Rosa.* ¿Por qué?
*Fulg.* Porque es la alegría
el alma de la belleza.
*Fulg.* La tuya es tal, que podia
hermosear á una fea,
que es lo peor que hay que ser
en mugeres.
*Fulg.* No lo creas:
¿quieres oir las ventajas
que la fealdad presenta?
Pues oye para consuelo

de las pobres que lo sean.
La muger con quien anduvo
cruel la naturaleza,
y la hizo mal parecida,
es una muralla excelsa,
á la que el vicio no asalta
ni el deshonor atropella:
no es ingrata ni arrogante,
presumida ni soberbia,
ni á los casados distrae,
ni á los mancebos altera;
no tiene enfados de niña,
ni pesadumbres de vieja;
no da zelos al marido,
ni en su calidad sospecha,
porque es mensagero libre
que corre por donde quiera;
joya que aunque la hallen todos
para su dueño la dexan;
fruta de cercado ageno
que ninguno la desea;
torre que nadie la embiste,
castillo que nadie cerca,
ciudad que nadie combate,
y pozo que nadie ciega:

es imágen soberana
que todo el mundo respeta;
es un alguacil piadoso
que en vez de prendernos, suelta:
no es la Caba para España,
ni para Troya otra Elena,
ni Dido para Cartago,
ni para Roma Lucrecia:
al contrario, la muger
que de hermosura se precia,
es humano basilisco
que mata á quantos encuentra;
el veneno de los ojos,
y del alma franca puerta
por donde el injusto amor
lanza sus mortales flechas:
es á los padres tormento
en guardarla y defenderla,
y condena á los maridos
á perpétua centinela:
es reclamo al poderoso,
escollo de la inocencia:
por ella dió Salomon
culto á deidades agenas,
y á los pies de Yole, Alcides

trocó la clavà en la rueca:
por ella el discreto es necio,
la vista mayor mas ciega,
el esforzado cobarde,
y el erudito sin letras:
de esto puedes inferir,
que será cosa muy necia
que las feas desconfien
ni que blasonen las bellas;
pues en riesgos y venturas
creo que corren parejas.

*Rosa.* ¿Ves todo lo que me has dicho?
pues me parece quimera:
todas esas reflexîones
son muy obvias; las penetra
qualquiera muger; con todo
no nos hacen mucha fuerza;
y al fin lo que mas sentimos
es el que nos llamen feas,
injuria que absolucion
no admite de parte nuestra.

*Fulg.* Rosita, hablando de sério,
la hermosura verdadera
solo en la virtud consiste;
y para conservar ésta

la fealdad tiene mas
ventajas que la belleza,
pues no la arman asechanzas,
ni la buscan, ni la ruegan.
Vaya un exemplo comun:
Al reir la primavera
nace una rosa lozana,
y junto á ella una violeta;
ésta en la frondosidad
se esconde, y si se presenta,
ninguno la solicita
ni aun hace reparo en ella,
porque la rosa que brilla,
y entre las ramas descuella,
con su seductor halago
toda la atencion se lleva:
bien la cuida el jardinero,
pero tantos la rodean,
que al cabo la pobrecita
cae en manos del que llega
en ocasion oportuna,
el qual luego la desecha,
porque una vez disfrutada,
es flor como otra qualquiera:
¿y por qué no sucedió

lo mismo con la violeta?
Ocioso es el declararlo,
bien notoria es la respuesta:
la virtud que permanece,
y no cede en la pelea,
tiene mérito mayor:
¡pero qué pocas son éstas!
Sí hija mia... pero á Dios,
porque tengo en la cabeza
un duendecillo metido,
que me trae algo supensa:
cuidado que no te olvides
de la rosa y la violeta. *Vase.*

*Rosa.* Estas viudas aunque queden
en la edad la mas expuesta,
á toda debilidad
de nuestra humana flaqueza,
al punto que quedan libres,
cierta autoridad ostentan,
y se producen lo mismo
que un Filósofo de Grecia:
verdad es que este reparo
no cae sobre Fulgencia,
pues demas de su talento,
y aplicacion á las letras...

pero se acerca mi tio,
armémonos de paciencia.

*Sale Don Gerónimo con un candil.*

*Gerón.* Si por el candil de un sábio
muerto... yo no sé en que tierra
diéron... yo no sé qué miles
de... yo no sé qué monedas:
¡quánto dará por el mio
allá en la edad venidera
el que justamente aprecie
tan inestimable prenda!
Si fundára un mayorazgo,
esta es la alhaja primera
que en la lista de mis bienes
habia de ir por cabeza.

*Cuelga el candil en el caballete, y se pone á pintar.*

*Rosa.* Tio, pintar á estas horas,
¿no es ociosa diligencia?
¿Y con luz artificial?

*Gerón.* Estarás muy satisfecha
de que me has hecho un reparo,
y no es sino impertinencia:
¿la pintura y poesía
no son dos hermanas bellas?

¿Los versos hechos á moco
de candil, no se nos cuenta
que son los mejores? Pues
por natural conseqüencia
tambien serán mucho mas
acabadas y perfectas
pinturas hechas á luz
de candil ó candileja.
La pintura y la muger,
dice un refran, á la vela;
que es lo mismo que dicir,
que tienen mas excelencia
vistas con luz de artificio;
por lo qual, siendo mas buenas
á esta luz para miradas,
¿no lo han de ser para hechas?
*Rosa.* Hablé por boca de ganso,
confieso mi ligereza.
*Gerón.* Acércate á ver el quadro:
dí, ¿qué tal? Dido es aquella,
la gran Reyna de Cartago;
*Rosa.* Hermosa está.
*Gerón.* Este es Eneas.
*Rosa.* Muy lampiño me parece.
*Gerón.* Es que aun no tiene puestas

las barbas... ¿mas si será
acertado que las tenga?
¿Si se afeytaría, ó no?
¿Sabes si quando la guerra
de Troya habia barberos?

*Rosa.* Señor, yo no entiendo de esas
historias.

*Gerón.* Ni yo tampoco:
vete, y llamame á Fulgencia.

*Rosa.* Está bien: voy al momento. *Vase.*

*Gerón.* Véase qué menudencias
se necesita saber
para pintar: ¿quién dixera
que unas barbas mas ó ménos
me dexarían suspensa
la accion? dificultad es
que tiene pelos: Fulgencia
me sacará de la duda,
pues tiene instruccion completa.

*Sale Don Pedro.*

*Pedro.* Señor, señor; buenas noches.

*Gerón.* Yo os las deseo muy buenas.

*Pedro.* ¿Tanto trabajar?

*Gerón.* Amigo,
es preciso, el que á la eterna

fama aspirá, es necesario
que no perdone tarea;
porque la inmortalidad
no es cosa de friolera.
¿Y dónde está Don Francisco?

*Pedro.* Yo creí que aquí estuviera.

*Gerón.* No lo he visto.

*Pedro.* Puede ser
que haya entrado por la puerta
de la otra calle, y esté
allá dentro.

*Gerón.* ¡Braba flema!
Quando mas lo necesito...

*Pedro.* Veré si está... aunque quisiera
ver ese quadro primero,
porque ya su fama vuela,
y tiene en expectacion
mas de treinta mil cabezas.

*Gerón.* Mas de treinta mil abrazos
por esa noticia os diera,
sino estuviese tan lleno
de aceytes y diablos: ésta,
ésta sí que es obra.

*Pedro.* Absorto,
y atónito estoy de verla.

*Miran divertidos el quadro, y salen Fulgencia y Don Francisco.*

*Franc.* ¿Quedais enterada?
*Fulg.* Sí.
*Franc.* Cuidado que nadie sepa,
que yo...
*Fulg.* Corre de mi cargo;
no temais... ¿Para qué es esta *Se llegan.*
llamada, tio?
*Gerón.* Ahora á pares
venís, y quando uno encuentra
alguna duda, no halla
á quien preguntarle pueda.
*Franc.* Dicid, pues, ¿quál es la duda?
*Gerón.* Hay no es nada: si al Eneas
le he de poner ó no barbas.
*Fulg.* Es digna de una academia.
*Franc.* Eso es muy claro, porque
al segundo de la Eneida,
si bien me acuerdo, Virgilio
refiere que en la tremenda
noche de Troya, entre sueños
Hector triste se presenta
á Eneas, y en las señales
con que su pintura ordena,

una es la barba asquerosa,
*squalentem barbam*, prueba
de que entónces la traían
las gentes de aquella tierra.

*Gerón.* El ingenio mas profundo
que crió naturaleza
es el vuestro, Don Francisco:
no en valde yo... pero si ésta
es muger...

*Fulg.* Como son todas,
sin ninguna diferencia.

*Franc.* Lo que yo extraño, señor,
es que esteis en esta pieza
trabajando, porque todos
entran y salen por ella,
se distrae la atencion,
la vista y pulso se alteran;
vámonos al gabinete,
y allí...

*Gerón.* Es justa providencia:
llevad ese caballete,
yo llevaré la paleta, *Recoge todo.*
el caxon de los colores,
los pinceles, etcetera...

*Franc.* Si pintais á un Cirinéo,

esta actitud es muy buena. *Vans.*

*Fulg.* Pues solos hemos quedado,
señor Don Pedro, quisiera
por el mio, y vuestro honor,
que me hablaseis con franqueza.

*Pedro.* Nunca negué la verdad.
No sé de qué color sea. *Aparte.*

*Fulg.* ¿Conservais resentimiento
contra mi primo?

*Pedro.* ¿No es fuerza?
¿Os olvidais que me dixo
me quemaría la lengua?
¿Qué hariais en mi lugar?

*Fulg.* Olvidar la ligereza
de un genio pundonoroso...

*Pedro.* Señora, si solo fueran
efectos del pundonor
sus razones, resistencia
para sufrirlas, tal vez
tendría; pero se agregan
á la injuria recibida
unas crueles sospechas,
que al furor que disimulo,
mayor alimento prestan:
bien me entendeis; sin embargo,

porque veais que respeta
con el extremo mayor
vuestra opinion mi nobleza;
en vuestras manos me pongo;
el corte que en la materia
diéreis, yo le doy por hecho;
y esta es la mayor fineza
que en vuestro obsequio hacer pueden
caballeros de mis prendas:
agradézcalo á mi miedo, *Aparte.*
no á mi amor se lo agradezca:
dadme para entrar á ver
á vuestro padre licencia.

*Luis escuhando.*

*Fulg.* Id con Dios, que agradecida
os estaré de manera. .

*Sale Don Luis.*

*Luis.* Pues la que agradece tanto,
¿qué falta para que quiera?
*Fulg.* ¿Qué decís? que no os entiendo.
*Luis.* ¿Y quién habrá que os entienda,
si en vuestro pecho se incluye
el laberinto de Creta,
en donde el entendimiento
mares de sombras navega?

*Fulg.* ¿Estais en vos?
*Luis.* Oxalá
que léjos de mí estuviera,
para no ver desengaños
que hasta el alma me penetran!
¿Para qué, muger cruel,
embarazasteis mi ausencia,
dexándome ver las luces
de la esperanza aunque inciertas?
¿Es propio de una alma noble
que de sensible se precia,
fundar las satisfacciones
sobre desdichas agenas?
Dexaraisme en mi silencio;
yo habria llevado esta
pasion triste que fomento
en mi corazon secreta;
el tiempo, ó la dura muerte,
que es lo mas cierto, con ella
sin duda acabado habrian;
mas sacarme con cautela
la confesion de un amor
que ocultaba, por la inmensa
distancia que nos separa,
y abusar de la flaqueza

de mi pasion amorosa,
hasta reducirme á verla
sacrificada á un rival,
es un género de ofensa,
una especie de delito
que en perfidia degenera;
pero no se alabará
ese rival que os encuentra
tan dulce y agradecida
de conseguir lo que intenta:
por eso le defendiais,
por eso de sus finezas
deciais que eran tan solo
galanterías discretas;
pero puesto que vos misma
dais oportuna materia
á la llama que encendió
aquella injuria primera,
vive el cielo que resuelto
á una venganza sangrienta,
ó le he de quitar la vida,
ó yo he de quedar sin ella.
*Fulg.* Dios mio, ¡qué torbellino!
¡qué lástima de cabeza!
¿Sabeis por qué os he oido

con tantísima paciencia?

*Luis.* El convencimiento embarga
el exercicio á la lengua.

*Fulg.* No es eso, sino que os miro
como al que tiene flaqueza
de estómago, y los vapores
que á su celebro se elevan,
mil fantásticas visiones
al pobre le representan;
no es de despreciar un hombre
que un poco zeloso sea;
pero tanto como vos
el diantre que le sufriera:
lástima es no hayais nacido
en los tiempos que nos cuentan
las fábulas de Amadis,
y Don Belianis de Grecia,
para caballero andante
erais alhaja estupenda:
yo no he de satisfacer
esos zelos ó quimeras,
que soy muger que á sí propia
como es justo se respeta,
y yo debo el alma á Dios,
y nada á nadie en la tierra;

sin embargo, por muger,
ó por querida (vaya esta
lisonjilla por empeño)
¿no me haréis una fineza?

*Luis.* Decid. *Muy serio.*

*Fulg.* ¡Jesus, y qué adusto!
¿Sabeis lo que yo tan tierna
agradecia á Don Pedro?
Pues era olvidarlo todo
por mi opinion; yo quisiera
que vos hicierais lo mismo,
sin embargo de esta esquela
en que á desafio os llama,
y una rara contingencia
traxo á mi poder, que debo
decirlo así, porque sepa
que no soy muger que quiero
dexar su opinion mal puesta:
¿qué decís?

*Quiere irse.*

*Luis.* Que el cielo os guarde.

*Deteniéndole.*

*Fulg.* Oid, esperad: ¿qué intenta
vuestro temerario arrojo?

*Luis.* Morir, ó matar.

*Fulg.* Ya es esa
loca desesperacion;
quando mi opinion no os mueva,
decidme: ¿dónde aprendisteis
tan perniciosas idéas,
máxîmas tan detestables
y horrorosas?
*Luis.* En la escuela
del honor.
*Fulg.* Hombre cobarde;
pues lo es el que profesa
seguir unos sentimientos
tan contra naturaleza,
¿escuela llamais de honor
la que fieramente enseña
máxîmas tan sanguinarias
y opiniones tan perversas?
¿Quién os enseñó el horrible,
el espantoso sistema
de ó bien matar ó morir,
por una expresion ligera,
hija de un aturdimiento,
ó bien de la inconseqüencia?
Porque, no dudeis, un duelo
es una bárbara scena,

en la que el hombre el papel
mas odioso representa,
pues temerario pretende
sostener á viva fuerza
efectos de un loco orgullo,
preocupaciones ciegas,
por un crímen mas horrible
y cruel que todas ellas:
y aunque penseis que me ostento
bachilleramente necia
(bien que no son repugnantes
en las mugeres las letras)
¿quándo los hombres, que mas
enemigos nos presenta
la historia, se provocáron
del duelo á las contingencias?
¿Quándo Cayo Mario y Sila,
el grande Pompeyo y César,
y otros muchos que no cuento,
cometiéron la baxeza
de decidír cuerpo á cuerpo
sus ódios y diferencias?
¿Temeis la opinion del pueblo
sumergido en las tinieblas
de una estúpida ignorancia,

y no la de aquel que pesa
y exâmina las acciones
á la luz de la prudencia?
Por fin, pues mis reflexîones
no ablandan vuestra dureza,
apartaos de mi vista,
no esteis mas en mi presencia,
que si algun tiempo he podido
tener voluntad dispuesta
á pagar de vuestro afecto
las pretendidas finezas,
yo os aborrezco y detesto;
y primero consintiera
mi muerte, que ser esposa
de un hombre, cuya alma llena
de espíritu y de venganza,
sin compasion, sin clemencia,
en el rigor se complace,
en la crueldad se ceba,
sediento de sangre vive,
se forma falsas idéas
del honor, atropellando
la humanidad que desprecia,
es descrédito del hombre
y de la naturaleza.

*Quiere irse, y la detiene.*

*Luis.* Esperad.

*Fulg.* Si os vais.

*Luis.* Oidme.

*Fulg.* No puede ser.

*Luis.* Mis sospechas.

*Fulg.* Nada.

*Luis.* Pero...

*Fulg.* Ea, dexadme.

*Luis.* Mi respeto.

*Fulg.* Me molesta.

*Luis.* Pero atendedme.

*Fulg.* Es en vano.

*Luis.* ¿Qué me aborreces?

*Fulg.* De veras.

*Luis.* ¿De veras?

*Fulg.* Con toda el alma.

*Luis.* ¿Y mi esperanza?

*Fulg.* Ya es muerta.

*Luis.* Vive Dios...

*Fulg.* ¿Me amenazais?

*Sale Don Matías.*

*Mat.* Señor, ¿qué voces son estas?
Habeis quedado tan frios
como aquel que va á la espera

en una noche de invierno
á la luna descubierta:
¿qué ha habido? ¿no respondeis?
Vete, sobrino, allá fuera:
¿en qué te detienes? Marcha.

*Luis.* Respondo con la obediencia.
El ausentarme es preciso,
no hay remedio. ¡O noche! Vuela.

*Vase.*

*Mat.* Vaya, hija mia, ¿qué es esto?

*Fulg.* Esto es, que de una centella
se origina un grande incendio.

*Mat.* Es verdad: echando yescas
en el campo el otro dia,
se me cayó un poco de ella,
y en ménos de diez minutos
se levantó tal hoguera,
que sino acudo al remedio
con la mayor diligencia,
quarenta leguas de monte
sin duda alguna se queman.
Pero en suma, ¿qué tenemos?

*Fulg.* Don Pedro, por la licencia
que se le permite en casa,
con la mayor ligereza

me dixo...

*Mat.* Quatro requiebros,
tiros al ayre: piruetas:
fogonazos sin estar
preparada la escopeta:
prosigue.

*Flug.* Oyólo mi primo,
y se enojó de manera,
que estan ya para salir
desafiados.

*Mat.* Fulgencia,
¿qué es lo que dices? Advierte
que eso ya es cosa muy séria:
conviene no descuidarnos,
y atajar las conseqüencias:
dime tu opinon, despacha.

*Fulg.* Yo pienso que se pudiera...

*Mat.* Pronto, pronto: al caso, al caso:
no es asunto para treguas.

*Sale un Criado.*

*Criado.* Señor, el perro pachon
le ha dado una pataleta,
y el pobre está agonizando
con tanta bocaza abierta.

*Mat.* Maldito, ¿qué es lo que dices?

¿Y te estás con tanta flema?
Todo el Proto-Medicato
llama al punto: apriesa, apriesa:
vino, romero, aguardiente:
vamos, vamos.

*Fulg.* No es materia
para dexar un asunto
tan importante...

*Mat.* Esa es buena:
sane mi perro, y esotros
mas que vivan, ó que mueran.

*Vase, y el Criado.*

*Fulg.* ¡Que de una loca manía
arrastre tanto la fuerza!
¿De quién tomaré consejo
en ocasion tan estrecha?
Mas yo observaré á Don Luis;
puede ser que le contengan
mis reflexîones; y en fin,
quando otra cosa no pueda,
me valdré, como es razon,
de la autoridad suprema,
para que cortando el lance,
nada mi opinion padezca:
¿mi opinion? ¿y nada mas?

¿esto solo me interesa?
¿y el primo no entra á la parte?
¿no es algo en esta materia?

*Suena dentro estruendo como de haberse prendido fuego á una porcion de pólvora, y de quebrarse maderas y trastos, y dichos los últimos versos de Fulgencia salen todos por diversas partes asustados, ménos un criado.*

Mas válgame Dios, ¿qué es esto?
*Dentro voces.* ¡Socorro, cielos, clemencia!
*Fulg.* ¡Qué melancólicas voces!...
*Gerón.* ¡Qué estruendo!...
*Mat.* ¿Qué bulla es esta?
¿qué ha habido aquí? estoy temblando.

*Sale un Criado.*

*Criado.* No haya miedo, y valga flema,
mucho ruido y pocas nueces.
Todo es una friolera.
*Gerón.* ¿Pero qué ha sido?
*Criado.* No es nada,
nada, señores.
*Mat.* ¿Qué apuestas,
á que si gastas mas prosa,
te aplasto yo la cabeza?

*Criad.* Pues esto es, que junto al fuego
la pólvora estaba puesta
para secarse, y el diablo
que en estas cosas se mezcla,
dispuso que se prendiese:
por fortuna estaban fuera
las criadas, que asustadas
del estrépito se alteran,
y á voces...

*Sale el Juez con la ronda, y luego que le ven quedan asustados Don Pedro y Don Francisco procurando ocultar sus rostros.*

*Juez.* El cielo os guarde:
llamado de la extrañeza,
del estruendo y de las voces,
que en aquesta casa suenan;
con la justa obligacion
de mi cargo no cumpliera
sino subiese á informarme
de la causa.
*Mat.* Una simpleza
es todo: soy cazador,
y con grande inadvertencia
puse á secar junto al fuego

una pólvora muy buena...
*Juez.* Lo comprehendo. ¿Ha habido daños?
*Criado.* Toda la cocina queda
destruída, y las criadas
con el susto medio muertas.
*Juez.* Acudir á remediarlas
es la primer diligencia.
*Criado.* Voy: no necesitan mas
que vinagre ó agua fresca,
ó un trago de calaguala:
yo, yo basto á socorrerlas. *Vase.*
*Juez.* Vuestro descuido, señor,
yo castigarlo debiera:
el barrio está alborotado,
y por una contingencia
favorable y bien extraña,
no hay daños: esto me templa,
pero en adelante os pido...
mas sino mienten las señas,
conozco á estos caballeros.
*Pedro.* Caímos en la ratonera
sin poderlo remediar.
*Franc.* ¿Si habrá que comer en Ceuta?
*Rosa.* Parece que estan temblando.
*Luis.* ¡Qué demudados se muestran!

*Gerón.* Este es Don Pedro Avendaño.
*Juez.* Sea muy enhorabuena.
*Gerón.* Y ese Don Francisco Vargas.
*Juez.* De respetable nobleza
son entrambos apellidos;
pero no se honran, se afrentan
en esos hombres tan viles:
prendedlos.
*Mat.* Señor, en esta
casa...
*Juez.* En ésta, y en todas
en que la justicia encuentra
hombres perdidos é infames
que el órden social alteran,
debe asegurarse de ellos.
*Luis.* La equivocacion pudiéra...
*Juez* No señor: estoy seguro:
yo esperaba con cautela
á executar su prision
luego que de aquí salieran:
el acaso del estruendo
me obligó á entrar, y á las puertas
dexé una parte de ronda
para que no se me huyeran:
ese es Francisco del Monte,

y el otro Pedro Labriega,
estudiantes en Sevilla,
quando yo de aquella Audiencia
era Ministro: se huyéron
de las vivas diligencias
que para prenderlos hice
por hombres de una perversa
vida, falsarios, taures,
y otros crímenes, que fuera
muy molesto el referirlos,
y de los que darán cuenta
y disculpa si la hallan,
quando conveniente sea.

*Pedro.* A Dios con la colorada.

*Franc.* Cayóse la casa acuestas.

*Juez.* El cielo os guarde, y mirad
qué peligrosa imprudencia
es el admitir las gentes
sin exámen ni reserva.

*Vanse llevándoselos atados.*

*Mat.* D. Francisco es todo un hombre.

*Burlándose.*

*Ger.* D. Pedro es hombre de prendas.

*Mat.* El buen Avendaño.

*Gerón.* El Vargas.
*Fulg.* Lo peor de toda esta
máquina es, que yo me quedo
en mi viudez lastimera,
y Rosa tambien sin novio.
*Ros.* ¿No hay mas hombres en la tierra?

*Á Don Luis.*

*Fulg.* ¿Y vos iréis á la cárcel
á concluir la pendencia?
*Luis.* Dexadme, que estoy sin mí.
*Mat.* Todo esto se concluyera
grandemente...
*Gerón.* ¿De qué modo?
*Mat.* Dando la mano Fulgencia
á Don Luis nuestro sobrino,
y todo en casa se queda.
*Gerón.* Un quadro de desposorios
te he de hacer por esa idéa

*Á Ella.*

tan bien pensada. Supongo...
*Fulg.* Yo, hija soy de la obediencia...
Esta es mi mano, tomad,
y tened mas mundo.
*Luis.* Esta

será la mano que guie
mis acciones por la senda
de la vida.

*Todos*. Y fin dichoso
aquí la comedia tenga.

**F I N.**

